

Por la noche Carolina y Bernardo iban *al palacio*, como se llamaba al caserón habitado por los padres de la joven, y á las diez volvían á su casa.

Tal era la vida que Carolina llevaba hacía dos años, durante los cuales su corazón se había enfriado, y la existencia le parecía vacía y monótona, no obstante el apasionado, ardiente y generoso amor de su marido.

CAPÍTULO III

Comentarios.

Era un domingo de Junio, y las siete de la tarde, cuando la campana de la parroquia de Villanueva llamaba á los vecinos al rosario.

En el palacio, y en el cuarto matrimonial de Villena y de Berta, se hallaban sentadas esta última y su hija mayor.

Villena no había querido jamás que su mujer tuviese aposento propio, porque decía que esas eran gollerías y que había que amueblar dos habitaciones, cuando los dos podían pasarse con una sola.

Sus hábitos soldadescos, lejos de irse modificando, se habían vuelto más rudos y groseros desde que se había hecho aldeano y filósofo contra su gusto y convicción.

Su pobre esposa, víctima de sus extravíos, no le había merecido la más leve consideración desde que acabó de gastar su modesto lote; dote que con tantos afanes y economías le había ido reuniendo su padre, y que él dilapidó tan pronto y fácilmente.

Berta se había resignado á todo; pero el dolor había impreso su desolada huella en el semblante y en el alma de aquella infeliz mujer.

En la tarde de que voy hablando, parecía más triste aún que de costumbre: á sus disgustos habituales se había agregado otro no pequeño que le había dado Hortensia, cuyo carácter brusco y turbulento se parecía bastante al de su padre.

A la sazón, Hortensia se hallaba asomada á la ventana: era una muchachona alta, morena, bastante gruesa y ordinaria: jamás había sabido hacer más que correr, decir insolencias á todos y regañar con sus hermanos, tan bruscos y groseros como ella.

Carolina y su madre guardaban silencio; la joven llevaba un vestido blanco y una rama de jazmín entre sus sedosos cabellos castaños, y nada puede imaginarse más encantador que su dulce belleza adornada así.

De repente Hortensia dió un paso hacia atrás y exclamó palmoteando:

—¡Forasteros! ¡forasteros! ¡cuántos vienen! ¡en coche y á caballo!

Carolina corrió á la ventana: en cuanto á su madre, sumergida en tristes meditaciones, ni siquiera había oído las palabras de su hija.

Venían en efecto por la calle muchas gentes, evidentemente de Madrid, según la elegante sencillez de sus trajes.

Abrían la marcha cuatro jóvenes vestidos de

caza, pero con gran esmero: seguían luego cuatro Amazonas que montaban con mucha soltura; dos eran casi niñas y muy lindas; las otras dos habían ya cumplido los veinticinco años, y al verlas, nadie hubiese dudado de que aun rendían un culto entusiasta á las diversiones y los placeres: eran de esas mujeres que adoran al mundo y que no lo abandonan hasta que él les cierra sus puertas, cuando ya han desaparecido sus encantos.

Detrás de las damas seguían otros ocho ó diez jinetes más, de todas edades, aunque ninguno pasaba de los treinta años.

Por último, una carretela fuerte y elegante cerraba la marcha: á causa de lo caluroso de la tarde y de lo corto del camino, los lacayos la habían dejado abierta, y podían divisarse cuatro personas sentadas en su fondo, y que, á pesar de ir cubiertas del polvo del camino, venían muy alegres.

Eran una señora de edad avanzada, cuyos plateados rizos se escapaban de una capota de raso aplomado, y tres caballeros.

De éstos, uno tenía los cabellos grises y el semblante sellado por una amarga melancolía, aunque en él se advertían restos muy notables de belleza.

Los otros dos eran dos hombres de cuarenta á cuarenta y ocho años, de aire altivo y modales tan naturalmente distinguidos, que no podía dudarse que pertenecían á la más elevada aristocracia.

Uno de los jóvenes jinetes que se veían delante, iba mirando á todas las casas de la calle; cuando llegaron enfrente del *palacio*, detuvo su caballo y dijo volviéndose al resto de la cabalgata:

—Aquí es.

Toda la comitiva se detuvo á su vez: los caballeros echaron pié á tierra con presteza, y unos fueron presurosos á ayudar á desmontar á las jóvenes, mientras otros acudían solícitos á dar la mano á la anciana señora que venía en la carretela.

Un instante después, Carolina, atónita, vió entrar aquella brillante comitiva en casa de sus padres.

La joven, trémula de sorpresa, corrió á su madre y le dijo lo que pasaba. Pero Berta no se inmutó en lo más leve, á pesar de que ya se oían en la antesala que precedía á la habitación en que se hallaban, los pasos de los viajeros: abrió la puerta y se presentó en su umbral.

A la vista de aquella mujer pálida y digna, se detuvieron todos, y los hombres descubrieron su cabeza.

—Señores, dijo Berta con serena dulzura, me parece lo más necesario ofrecer á las damas un poco de descanso, y les ruego sigan á mi hija á otra habitación más cómoda, por la única razón de ser más espaciosa: yo, si me lo permiten, iré al instante á reunirme con Vds.

Inclináronse todos con respeto y siguieron á Carolina, que, encarnada como una amapola, pasó delante para servir de guía.

La joven temblaba como el tierno arbolillo que sacude el vendaval: y era que entre todos aquellos hermosos y brillantes jóvenes había uno cuyos negros ojos se habían clavado en los suyos con una afanosa sorpresa.

Aquella mirada atrevida, elocuente, había turbado á la joven: sentía arder su cabeza y que sus piernas trémulas no podían sostenerla.

Durante el corto trayecto del cuarto de Berta á lo que su marido llamaba la *sala de recibo*, bajemos la escalera del palacio y nos hallaremos con todo el pueblo reunido á su puerta.

El auditorio se componía en su mayor parte de mujeres que habían ido siguiendo la cabalgata; pero también habían acudido algunos hombres que por lo avanzado de la hora habían ya regresado de su paseo, ó del juego de bolos, que todos los domingos tenía lugar en la plaza de la iglesia.

—Mujer, ¿á qué vendrán? decía una gruesa labradora á otra mujer que tenía á su lado.

—¿Quién sabe? se cansarán de la hermosa vida de Madrid, porque dicen que hasta lo bueno cansa en este mundo.

—Bien; pero aunque se cansen, ¿á qué vendrán?

—¡Toma! á pasearse.

—¿Aquí?

—Pues ¿quién lo duda?

—¡Cá! ¡á falta de buenos paseos que hay en Madrid!

—Pues será alguna boda: dicen que á veces esas gentes gordas salen de Madrid por huir del bullicio.

—Pues yo, dijo un anciano labrador, creo que no vienen á nada de eso, sino á otra cosa muy distinta.

—¿A qué?

—Yo me lo sé.

—¡Qué manía de hacer misterios tiene siempre este tío Mateo!

—Vamos, pues lo diré: creo que vienen á hacer alguna función de iglesia.

—¡Bien puede ser!

—¿Qué ha de ser? Pues qué, ¿no hay en Madrid mejores predicadores que el señor cura?

—¿Mejores? lo dudo.

—¡Bah, bah! á lo que vienen es á cazar: ¿no habeis reparado que los hombres traen escopetas?

—Es verdad: ¿pero y las mujeres?

—Aprovecharán el tiempo para pasearse.

—¿Y habeis visto á la señora que llegó hace tres días? preguntó una anciana de aspecto honrado.

—¡Ah! ¿á la de la casita blanca? Yo no.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Ni aun á la iglesia ha ido hoy, siendo domingo.

—¿Ha venido sola?

—No: trae una criada, joven aún y casi tan bien vestida como ella: ella tampoco es vieja, pero tiene cara de haber padecido mucho.

—Entonces, no hay que discurrir á lo que viene.

—Claro está: á curarse.

—Yo no le vi bien la cara, porque llevaba un gorro así como los que llevan las señoras en Madrid, con un velo que se la tapaba; pero el aire movió su cabello y sacó un rizo fuera del sombrero, con lo que pude ver que era rubia... rubia como el oro.

—Ya lo veremos.

—Ciertamente: y ahora vámonos; porque los forasteros no llevan traza de salir, y se hace tarde para mis chicos, que en ponerse el sol tienen sueño.

Toda aquella honrada y curiosa gente se dispersó, y pocos minutos después, cada uno se hallaba en su casa y entre su familia, cenando con ese apetito envidiable, propio de las aldeas, y que rara vez nos visita en las grandes ciudades.